

gaduras, en los polvosos dorados de los altares, en el ventanal de vidrios desteñidos, en el fresco descascarado de las bóvedas, en las pintarrajeadas estrías de las pilastras, en los rígidos mantos de las esculturas, esa grave y solemne belleza que eleva nuestras emociones a la vaga nube de la meditación y el recogimiento.

Allí puedes aún gozar de una impresión estética y religiosa que hará en tu conciencia el efecto de una caricia sobre una melena alborotada; alisará tus pensamientos revueltos y tus violentas y agitados memorias. Y luego, recuérdalo: ¿acaso te invadió el escepticismo por la puerta de la verdad? ¿Fue la ciencia la que, después de enseñarte los tesoros de su experiencia y los raudales de sus observaciones, te dijo: no creas? ¿Fue la filosofía la que te condujo a la cima del conocimiento, y desde esa cumbre, muy alta, muy alta, te mostró los horizontes de la vida, para que pudieras ver que el Universo está vacío de ideal, y que toda la mecánica portentosa de los mundos es una fatal obra del acaso, una transformación incesante y estéril del movimiento? ¿La sabiduría te arrancó la fe? ¿La marea de la razón subió poco a poco, hasta ahogar en ti, el sentimiento de admiración por el Gran Desconocido? ¿Eres un rebelde o un convencido? ¿Eres un sabio o un incompleto? ¿Eres un orgulloso o un débil? ¿Tedejaste llevar de la ola indiferente, sin voluntad, sin protesta, sin esfuerzo; o, brújula en mano, preferiste el camino de la negación y del pesimismo que había de conducirte seguramente al reposo del que no espera, porque arrojó lejos de sí, como estorboso fardo, la esperanza? ...

*
* *

—¿Y por qué me aconsejas tú que vaya a la Iglesia? ¿A qué he de ir? Bien sé que para experimentar la voluptuosidad mística, la emoción piadosa —mezcla de angustia y de misericordia,—puedo atravesar la cancela de un templo obscuro, colonial, pobre, de esos que cierran una sola y olvidada plazuela o se esconden entre los muros desportillados de un callejón remoto: sé, que al levantar la verdosa y mugrienta cortina de la puerta, aspiraré en el aire húmedo y frío, la fragancia divina de mis ensueños de adolescente; sé que sentado en una banca apolillada, o en la base de una columna, o en la grada, de mármol gastado, de un altar, pensaré en las cosas idas, en las dulces memoranzas de mis primeras fantasías, en los brotes primaverales de mis ideas, en mis sencillas alucinaciones religiosas, en la flamígera espada del ángel de la guarda, ó en las verdes llamas, fosforescencias de azufre, de los ojos del diablo. Hundiré mi memoria en lo pasado; la remontaré a través del tiempo; la haré retroceder muy lejos, y de allá, de los brumosos confines de mis pretéritos, traeré, suaves y puras, las rosas apenas abiertas, de mis ilusiones; los lirios, de corola de nieve, de mis inocencias: todas las flores de mi niñez, bañadas en aljófares matinales.

Los traeré en la barca de cristal en donde hacía mi fe sus lentas y felices travesías por los mares azules y profundos de los cielos cristianos. Mis labios volverán a balbucir las oraciones que aprendí, y

que, como esencia que cae gota a gota, cayeron, sílaba a sílaba, de la inviolada boca maternal. Un soplo de frescura, como el aliento de un jardín remoto, ventilará mi alma, arca de trastos viejos, arca llena de herrumbre tanto tiempo cerrada a los castos hábitos del recuerdo. Pero estas emociones que me embarguen, serán efímeras, serán pasajeras, serán inconstantes, serán frívolas. Inútilmente, hurgando en mi corazón y en mi cabeza, buscaré un átomo viviente de aquellos delirios, un residuo molecular de aquellas creencias, un grano de aquella mirra de fe, un hilo áureo de la fimbria de aquella voladora esperanza. Y saldré de la iglesia más triste, más cansado, más desengañado de mí, más huraño ante el ajeno egoísmo, más avaro de mis últimos despojos de piedad, de caridad, de bondad.

No fue mi mala consejera la Sabiduría, no fue la Poesía; no fue la Filosofía. La vida fue, la vida, que me traicionó, que me hirió, que me arrastró por todos los fangales; que me salpicó con todas las impurezas; que me hizo amasar cieno, engañándose con que era polvo de oro; que me obligó a dar, aquí y allá, por cualquier parte, con cualquier motivo, a dar a manos llenas, el fervor, la confianza, la juventud, el amor, la misericordia.

Tienes razón, voz compadecida, voz interna y blanda, que me hablas en el silencio de la conciencia con trémula entonación de plegaria; me dejé ir, sin defenderme, sin luchar, cruzando los brazos, entregando el cuerpo a las ondas, por la corriente de la indiferencia y del olvido. Vi, palpé, sentí que por bajo de las creencias palpitaba, en tremenda convulsión, la duda humana; que las almas estaban fatigadas de esperar, de tener fe, y en un terrible

caos, dentro del cual se escuchaba un cataclismo, se ahogaba el universo en un sombrío piélago sin orillas. De nada sirve querer levantar la gótica catedral de los primeros sueños, con sus agudas torres, sus caladas ojivas, sus encajes de piedra, sus delgados haces de columnas; sería un trabajo vano; un doloroso juego de niños; no hay cimientos para empinar esta maravillosa filigrana; vendría a tierra como un castillo de naipes. Pensar; sufrir; respetar; inclinarse delante de las gentes que pasan con su cruz a la espalda y su nimbo de mártir en torno de la frente. No distraer a las almas contemplativas que cruzan por su sendero, mirando, mirando, sin bajar nunca la vista, hacia el cielo opaco y sin estrellas. No interrumpir las oraciones de los que yacen arrodillados y besando la arena del camino; no hurtar una ilusión que un pecho sano lleva escondida como una reliquia; no quebrar, con puño sacrílego, una esperanza mística; no soplar en una llama de *más allá*. Pasar en silencio, escondiendo avaramente el desencanto, rumbo a la muerte sin visiones, sin castigos, sin bienaventuranzas.

Deja, pues, libre el paso a los que corren al llamado de la campana parroquial; espíritus sensibles y buenos, para quienes la iglesia es urna de lágrimas y relicario de promesas.

1907.

ALFONSO SINA

A UNA DEVOTA

Ya puedes llorar, como me dices, rancia devota. Ya no hay *Semana Santa*. En tus tiempos, que casi, casi, son los míos, era otra ciudad ésta; una ciudad levítica, pudibunda, cariacontecida, como hipocritona beata que sale de su casa para oír el sermón que llaman en la vecina iglesia, y que pasa santiguándose por las calles para que la vean los transeuntes. Eran estos días, de ostentación religiosa, de vanidad católica, de exteriores manifestaciones de culto y santidad. El aire profano de la vía pública olía a incienso. Los carruajes dejaban de transitar para no interrumpir con ruidos tentadores la meditación de los fieles.

Todo invitaba al recogimiento y la oración; todo conmemoraba los tremendos episodios del drama divino. Bajo la gran cúpula de turquesa de un cielo primaveral, impregnada en las fragancias abriñanas, bullía la multitud, reflexiva, tristonera, musita. En cada brazo se enredaba una camándula; cada mano apretaba un devocionario.

Las iglesias, abiertas, echaban sobre las rebozantes aceras su vaho de perfumes litúrgicos, y su rumor sordo de plegarias.

Un sueño extático de misticismo, aletargaba la

vida ciudadana; un angustioso sueño sacudido por temblores de terror y crispaturas de arrepentimiento. La vieja ciudad colonial recobraba su aspecto arcaico, su fisonomía española, su aire de claustro del siglo XVII. Ni las alharaquientas barriadas, ni las amplias plazas centrales mostraban, en estas largas y santas horas, el habitual trajín de la cotidiana labor o del dominguero regocijo. La metrópoli rezaba.

Más ahora, rancia devota..... ¡Cuán fugaces pasan los años! que dijo el clásico. Ahora, aquel serio caminar, aquel callado ir y venir por templos y capillas, aquellas conventuales procesiones, aquellos murmullos de letanías, aquel *ronronear* de *vía crucis*, aquel eco tenue de sermones sollozantes, han sufrido la moderna metamorfosis de una alegría que por más que se disfrace, no puede aparecer como un piadoso signo de arrepentimiento y pesadumbre.

Ahora el lujo es el que ostenta sus vanidosos atractivos; la seda es la que substituye al cilicio; la murmuración a la plegaria.

Ahora ya no se trata de asistir a las ceremonias religiosas, sino a los espectáculos eclesiásticos. Un grano de creencia está diluido en un lago de curiosidad. Los deseos mundanos han contaminado el ambiente místico. La vida social hace estrado en los templos. Fray Gerundio predica, atildada y afeminadamente, sobre los pasajes de la pasión, y en sus palabras hay más retórica que sinceridad, más sutileza que emoción, y, con frecuencia, más trivialidad que retórica y sutileza.

La fe ha desaparecido, rancia devota. Como es ciega la pobrecita, ve tú a saber cuántos trabajos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1940. 1925 MONTERREY, MEXICO

pasará, sola, por esos caminos, apoyada en la cruz, rumbo, según dicen, a los santos lugares. No nos abandonó; fuimos nosotros quienes la despedimos por inútil.

Nos estorbaba. Y les dimos de mano a las antiguallas del corazón. Lo que procuramos siempre, en todo caso, aun en esta legendaria temporada de dolor cristiano, es distraer nuestros fastidios. Todavía, entre dos bostezos, se nos escapan vocablos viejos y latinajos bárbaros, aprendidos en la niñez y retenidos en la memoria por el hábito de pronunciarlos maquinalmente día por día. Pero tales pedazos de oración salen a los labios inconsciente, mecánicamente. El recuerdo los empuja a la boca sin que intervengan la atención ni el sentimiento. Practicamos todavía la religión como una costumbre impuesta por el medio, no como un deber necesario para la tranquilidad del espíritu. Estamos muy lejos ya de los mártires de las catacumbas.

Los antiguos sacrificios se han transformado en nuevas comodidades.

Pero..... rancia devota mía, ¿de qué te asombras? En tus tiempos, en nuestros tiempos, sucedía lo mismo. Tú no lo notabas, por supuesto; tú no lo veías, porque todas las cosas que tienes dentro, te salen al paso, te cercan, te envuelven y te ocultan la realidad. Como eres buena y cándida, tiendes, con sólo mirar para afuera de ti, un velo de candidez y bondad por encima de todas las cosas. Hace cuarenta años tu *Semana Santa* era una purificación de los pecados, una elevación sobre las iniquidades de la materia, una glorificación de las impurezas humanas. Dentro de las simbólicas ceremonias palpitaban los misterios de la fe. Entoni-

ces ofreciste a la piedad tu juventud, como una sagrada ofrenda.

Te intimidó el infierno con sus rojas llamadas; te sonrió el cielo con sus angélicas visiones. Eras bella; eras pura. Un Hamlet maligno te aconsejó: métete monja. No te dejaron; ni tomaste el hábito; pero sí tomaste la disciplina. Prometiste ser de la iglesia. Y te has consumido en éxtasis mudos y ardorosos, en los rincones oscuros de los templos, frente a los altares dorados y churriguescos. Monja, no; pero devota rancia, beata escuálida, sí.

Ah! Entonces, en los tiempos por que suspiras, sucedía lo mismo, criatura visionaria. La humanidad desde hace mucho tiempo finge a tu alrededor una devoción que ha dejado de sentir siglos ha. Aun tienes compañeras, aun hay gentes sencillas que oran y creen poniendo en alto ojos y corazón, como dijo el poeta. Pero cada día disminuye la legión de las almas simples; cada día hay desertores, hay traidores que se pasan al bando contrario, al bando del placer y del escepticismo.

No hagas caso de tus recuerdos, no hagas caso de las locuras de la vanidad ni de los rumores del regocijo que quieren perturbarte en la augusta y virginal soledad de tu espíritu.

Rancia devota mía, para ti, para otras como tú, la *Semana Santa* seguirá siendo época de penitencia y oración.

Para los demás, volverá a ser lo que siempre: tres o cuatro días de holgorio, de fiesta, de elegancia, de paseo, con su entonación atractiva de piedad y su aparato de religiosidad.

Tú rezarás; tú ayunarás. Muchos, la mayor

parte, murmurarán más y comerán más. ¿No lo observó ya el cáustico *Figaro*? ¿Se trata de la conmemoración de la muerte de Jesús? Pues el hombre dice: *comamos*; no dice reflexionemos.....

Rancia devota mía, mientras resplandezcan en tu frente como tres astros en un horizonte, las tres virtudes teologales, no cambiarán los tiempos, porque sobre la obscuridad de la noche siguen brillando las estrellas.....

ALMAS, IGLESIAS Y GOLONDRINAS

Es un espectáculo curioso. En estas tardes de sol claro y viento fragante, las puertas de los templos y los atrios de las iglesias son fondos de cuadros animados y típicos. Estamos en la época piadosa, en el período agudo del fervor, en los días de la oración y la penitencia.

La multitud cristiana va y viene, entra y sale, vuelve y revuelve, como las hormigas de la fábula; y catedral, y santuarios, y parroquias y capillas reciben a diario la invasión de los fieles. La mayor parte de esta muchedumbre, inquieta y silenciosa a un tiempo, es de mujeres. Ni la belleza, ni la juventud ni la elegancia, suelen faltar en estas místicas visitas, y así, no es raro sorprender entre una turba de beatas encapuchadas y temblonas, la cara risueña y provocativa de alguna muchacha, o entre las tocas negras y los hábitos severos y rígidos, las flores caprichosas de los sombreros femeninos, o los rasos y blondas de los trajes mundanos; que no siempre la piedad y el arrepentimiento han de cubrirse con estameñas picantes ni de ceñirse con agudos y crueles cilicios.

Las viejas fachadas de nuestras iglesias coloniales, embadurnadas de colores desteñidos por lluvias y polvo seculares, presentan, a esta hora de la tarde, un raro aspecto de alegría sana y primaveral. Se rejuvenecen. Las rejuvenece la luz que las baña, una luz de crepúsculo tibio y reconfortante, que deslíe en la transparencia del aire, partículas de oro que ni ciegan ni deslumbran, como en el bochornoso medio día, antes bien, acarician suavemente los ojos y ponen ante ellos una vibrante gasa, tras la cual, las cosas toman aspecto de poética y dulce vaguedad. Por cornisones y nichos, por remates y molduras, entre las hojas mutiladas de los capiteles, en los salientes de los toscos relieves, comienzan a volar y a parlotear las golondrinas.

Y una agitación de alas pardas pone inesperadas y fugitivas aureolas a las esculturas o borda los filos, de cantera ennegrecida, de las pilastras. Las yerbas parásitas refulgen con verdes claros, como de bruñidos y pavonados aceros. Hay regocijo en los muros ruinosos; hay alegría en las piedras gastadas. La primavera no tiene preferencias; da a manos llenas vida y bienaventuranza. La dicha cae de arriba, del cielo, en lluvia ardorosa de claridades, y brota también de abajo, de la tierra, en fecundas savias y fragantes vahos.

Y es en este mes de *Nizan* en el que los espíritus píos buscan el silencio de los templos y la penumbra de las naves, para hundirse en meditaciones y contemplaciones torturantes. Si eres observador trashumante y suelto, si gustas, viajero de ilusiones, de recorrer sin rumbo la ciudad para entretejer tu fantasía con esos pequeños incidentes que no

ven los miopes del trabajo o los fariseos de la ocupación, acércate a un templo en estos días y atisba el ir y venir de los devotos.

¿Qué ves? ¡Oh, sí, aquella viejecita encorvada, de tápalo raído y rosario al cinto, sale persignándose el rostro de fruta seca, con una mano que parece una rama marchita; mueve los labios la anciana, mascullando un rezo. Es una pobre alma timorata y sencilla. Para ella la religión es un deber; la creencia, una obligación; el rito, un entretenimiento. Tiene una fe automática, una esperanza instintiva, una caridad egoísta. Para orar, para acurrucarse en el rincón del templo, para arrullarse en letanías y sermones, casi no es un ser, es un mecanismo. Cerca ya de la muerte, se preocupa sólo de vivir así, sin intranquilidades, sin estremecimientos, sin arrebatos. No sabe meditar; pero todavía su memoria repite, fragmentadas y confusas, las oraciones que de chiquilla le enseñaron; las repite las mismas, con su canturreo arcaico y sus disparates latinos, que han pasado de generación en generación.

¿Qué ves?..... Mujeres del pueblo. Las cabezas indígenas y groseras muestran quién sabe qué bestiales y terrenales apetitos. Estas no saben oraciones, no saben plegarias, no contestan las «avemarías,» no llevan libro entre las manos. Pero sufren los rigores de la vida, son engañadas, son despreciadas, están tristes, sienten el dolor físico que les roe la carne, lo sienten dominador y brutal; y embrionario, indeciso, indescifrable para ellas, sienten asimismo el sufrimiento moral, la esperanza fallida, el anhelo quebrantado y roto, el amor traicionado o ausente; y vienen a la iglesia a pedir cosas reales

y vulgares: pan, dinero, salud, amor. No piensan en el más allá, no reflexionan sobre el misterio de ultratumba. Morir no las preocupa, sino vivir sin el horror del hambre, sin las angustias de la miseria, sin el dolo de la humanidad. Algunas piden algo más: piden venganza para sus enemigos. Creen que la Divinidad es mano armada dispuesta a herir en la sombra a los que ellas señalen: aquel hombre me engañó; aquella mujer me hizo traición, dicen. Se quejan ante Dios de las pequeñeces de su rutinaria existencia. En su conciencia estrecha y oscura no cabe sino esta idolatría primitiva y estúpida.

¿Qué ves?..... Una criatura pasa; es un pálida doncella, en cuya frente se extingue, en nubes de tristeza, el fulgor de una desolada melancolía. Esta sí lleva en su interior la visión sagrada.

Este corazón sí que es un cáliz de lágrimas. Este pensamiento sí que está enclavado en la cruz del dolor. Una historia blanca por fuera y negra por dentro, ha gastado y abatido esta alma, que sangra herida y se queja en la soledad de su infortunio. Y he aquí que creer para esta devota, es como ascender, como elevarse, como surgir de las pesadumbres, como romper las ligaduras que nos atan al polvo; es como un vuelo, es como una evaporación. Saltar por las fronteras de la materia, y correr, huyendo de la jauría del dolor, a carrera tendida por los campos azules de la fe; correr, correr, que allá, siempre allá, están unos brazos de luz que han de estrecharnos, y unos gloriosos labios a cuyo beso hemos de deshacernos en amor, en bondad, en misericordia. Mira bien cómo este divino ensueño brilla en los febriles ojos de la virgen; fijate en que está mirando lo invisible. Las prédicas

han sublimado su entendimiento; las palabras místicas del sacerdote se le han hundido en la memoria como clavos de oro. Huye de todo contacto, de toda voz, de toda ternura, por temor al pecado. Reconcentra sus energías, nuevas y robustas, en un éxtasis piadoso, donde, como en una fantasmagoría de la "Leyenda dorada," pasan reyes con mantos de armiño y púrpura; pontífices de tiaras deslumbrantes, ermitaños de luengas barbas, monjas de tocas blancas; y arriba, el Cristo exangüe inclina la cabeza en actitud de perdón, de santo e inmerecido perdón.

Atisba, buen viajero metropolitano, trashumante observador de pequeñeces; esta salida del templo es un espectáculo curioso: la viejecilla devota; los haraposos fanáticos, la creyente alucinada, la turba de vanidosas que van a la iglesia con el idéntico profano orgullo con que asisten a los salones, para exhibir sus joyas y su hermosura; la multitud de fieles que, más por costumbre rancia que por devoción y convicción, se arrodilla ante los cubiertos altares, son un fragmento de humanidad que, aquí en los templos, busca consuelo y bálsamo para los pesares de la vida.

¿Encuentran lo que buscan? Muchas almas sí que lo encuentran; hay pechos que de aquí salen empapados de fe y de confianza.

Otros hay que no; una brizna de duda, un átomo de análisis, una gota de escepticismo, envenenan su piedad, entorpecen su plegaria, ahogan en llanto su esperanza.

Y mientras grandes y secretas cosas suceden en los espíritus, el cielo de abril, emblanquecido y son-

riente, deja caer sus claridades sobre las viejas fachadas de las iglesias, donde charlan y vuelan las golondrinas. Y las profundidades del azul sereno se preparan a emperlarse con las primeras estrellas.....

1908.

LA GUERRA DE SAN JUAN
Y LA GUERRA CIVIL.

La plazuela del barrio se fundía en bullidores granos de oro que, levantándose de la tierra, la cubrían con un vaho transparente, con una neblina deslumbradora y amarillenta. Las tapias, de adobe cenizo, que limitaban el extenso cuadrilátero, se floreaban, aquí y allá, en las piedras salientes, en las borlas del musgo seco, con el cálido resol de la tarde. Un árbol perulero, inclinaba amodorrado su lloroso frondaje, que semejaba una gran cabellera verde y fúlgida, salpicada de cuentas de coral. Como la luz empezaba a caer de soslayo, los muros de la línea occidental tendían a sus pies una ancha faja de sombra, en la que algunos chiquillos semi-desnudos, se revolcaban como en una negra alfalfa.

Un silencio perezoso, un profundo silencio de letargo invadía la remota barriada. En la iglesia parroquial, la escultura del santo patrono, rudamente tallada en piedra, requemábase en su hornacina churrigueresca abierta entre dos caprichosas columnas sobre la fachada embadurnada de jabelgue sucio y pringoso. Bajo el dintel de los zaguanes, sentadas en los gastados umbrales, charlaban

las comadres de la vecindad, limpiándose el sudor de la frente con la punta del rebozo. Los perros callejeros, adormecidos por el bochorno estival, hacíanse ovillo en cualquier pedazo de suelo sombreado.

*
* *

De pronto un rumor de gritería infantil que llegaba de los callejones adyacentes, subrayaba la silenciosa soledad de la plazuela. Y por el extremo opuesto, contestaba otro ruido semejante, en el que se mezclaban batir de atambores y trotar tumultuoso de muchedumbres. Instantáneamente iban creciendo las bélicas algazaras hasta convertirse en infernal estrépito; y no tardaba mucho tiempo sin que las dos chiquillerías, desembocando por rumbos distintos, tomaran por asalto aquel sitio extenso, escogido de antemano por los dos bandos beligerantes para campo de guerra.

En un ejército, la caballería, de corceles de carrizo que caracoleaban impacientes, rompió la marcha. Y eran en el otro, los infantes, armados de palos de sillas y de espingardas de *tejamanil* podrido, las que caminaban a la vanguardia. Los arreos abigarrados, los fantásticos uniformes de los batallones liliputienses, formaban con los reflejos solares, un hervidero de matices, tan extrañamente pintoresco, que no parecía sino que sobre la tierra de la plazuela había caído del cielo, haciéndose añicos, la franja del iris. Cascos de cartón plateado, morriones de pelambre hirsuto, *kepis* inverosímiles, penachos de pluma de pollo, pompones

de bola de estambre, flotaban por encima de chaquetines y casacas azules, y rayas y pasamanerías y charreteras de oro volador, no sin que dominasen las notas oscuras de los hongos agujereados, de las blusillas deshilachadas y de los calzones harapientos. Las banderas de papel de China aleteaban sacudidas por el soplo de Marte.

Tendidas en dos líneas de batalla, una enfrente de la otra, y a la conveniente distancia, daban principio los preparativos. Ordenes de mando que transmitían los clarines de puño cerrado; gritos de entusiasmo y de reto; evoluciones y movimientos estratégicos, y avance definitivo de las dos columnas, bien provistas de municiones de combate.

Los vecinos que se habían asomado atraídos por la curiosidad, cerraban en aquel instante puertas, balcones y ventanas, y los pilluelos, enardecidos, quedaban ya, entonces, dueños absolutos del campo. Una lluvia de piedras silbantes obscurecía el aire. Los proyectiles, con frecuencia lanzados sin tino, no siempre caían sobre el enemigo, sino que solían estrellarse en las vidrieras, en los faroles del alumbrado público, en las macetas que decoraban las azoteas y hasta en el santo patrono de la iglesia parroquial, que resistía, impasible, desde su hornacina, el inesperado ataque de los imberbes y coléricos gnomos. Después del "fuego granado," a pedrada limpia, venía el encuentro cuerpo a cuerpo. Un sembrado de espigas agitadas por el huracán, eran las espadas de palo, las lanzas de caña, las despuntadas bayonetas de mimbre. ¿Quiénes eran los vencedores? Casi nunca se sabía, porque los *diurnos*, los gendarmes de aquellas épocas, se encargaban de desbandar los ejércitos, no sin sufrir